
Visita de médico

Eran las cuatro de la tarde de un sábado de invierno cuando Román Delgado se incorporó en la cama hamacando entre los muslos el teléfono que acababa de colgar. A los treinta y cuatro años, perpetuamente acosado por la dispepsia, próspero de rutina, todavía no se acostumbraba a no depositar esperanzas desmedidas en las noches de los fines de semana. Por eso le resultaba difícil renunciar a la siesta, y en realidad no lo habría hecho si la llamada que le estaba trastornando la digestión no hubiese sido del menopáusico Amancio Sorrivas; porque eso pensaba, que era un menopáusico, por mucho que todos los días comprara una financiera nueva.

Cinco minutos después, enfundado en un sobretodo de tweed, Delgado hacía un gesto que defraudaba su orgullo de médico: mientras con una mano se frotaba la calva, en la otra calibraba el peso de un treinta y ocho corto con un tambor negro y reluciente como una foca. Se lo guardó en el bolsillo y salió de la casa. Al acomodarse al volante del Peugeot color canela, decidió que en vez de colocar el revólver en la guantera iba a esconderlo abajo del asiento para tenerlo más al alcance. Pensó que el metal estaba demasiado frío, como si parte del cielo descarnado y el viento áspero se le hubiesen adherido para infiltrarse en el coche. Se echó aliento en las manos y arrancó. Las armas no lo volvían loco, pero Sorrivas vivía más allá de Matorrales, casi en el campo, o más bien en pleno páramo, dominio de los yuyos y la chatarra; por otra parte le había exigido que fuese en seguida, y aunque Delgado sabía que la mujer no podía tener otra cosa que angina, en una época miserable no era cuestión de despreciar a los pacientes ricos, sobre todo si eran estrafalarios y medrosos. De modo que estaba resignado a pagar un peaje escandaloso y cortar camino por el enigma fósil de la Autopista de Opción. Abí nunca se sabía, pero con suerte estaría de vuelta alrededor de las siete.

La autopista se abría de golpe, como un orificio cavado en un cuerpo disléxico, entre fragmentos de las manzanas más deterioradas de Villa Canedo. Delgado pasaba poco por abí y jamás había entrado. La plataforma entera de asfalto era un invento innecesario: el peaje costaba tan caro que abuyentaba hasta a los ladrones y, a fuerza de bostezos y aprensión, incluso los camiones del ejército habían dejado de recorrerla de punta a punta; de nada servía vigilar escombros y monoblocs partidos que eran como caras con un solo perfil. Desde donde ahora estaba Delgado, el tramo de la avenida Combate de los Médanos donde los negocios ya no ofrecían nada, lo único que se veía era una doble hilera menguante de fachadas contraídas, una explanada de brea seca que imponía el límite del barrio y el escudo de cabinas bajo un techo acanalado. A la derecha, en una esquina de la última manzana sin cercenar, había una estación de servicio. Mientras le llenaban el tanque, Delgado contempló la perspectiva erosionada y olisqueó el aire. Con el viento que arrastraba boletos, hollín, puchos de cigarrillos, las señas que a veces hacía

el paisaje para desnudar intenciones se perdían más allá, en una garganta de cielo pardo. Sintió un tirón en las cervicales. Se subió el cuello del sobretodo. Otra vez en el coche, palpó el revólver y rogó entre dientes que Sorrivás le ofreciera el té.

El empleado de la cabina de peaje tenía la cara lisa de frío. Recibió el dinero con un gesto artrítico y apretó un botón. Apenas vio alzarse la barrera mecánica, Delgado pisó el acelerador. Por unos cuantos metros el coche corcoveó sobre ondulaciones de grava, hasta que al final se dejó aceptar por el pavimento grisnegro que parecía amedrentar las construcciones quebradas. Durante un buen rato Delgado estuvo atento a los instrumentos del tablero. Después, por hacer algo, se metió un chicle en la boca y encendió la radio. Sólo cuando la atmósfera desodorada se llenó con la voz de una mujer que cantaba Vida mía, lejos más te quiero, como encerrada en una cisterna, Delgado empezó a escudriñar el panorama al otro lado del parabrisas y advirtió que de tan quieto parecía un dibujo hecho por la uña de un idiota en un bloque de tiza.

No sólo no había ningún coche que alcanzar, sino que por la otra mano no había vuelto a aparecer nada desde la furgoneta azul que había visto llegar al peaje. Ahora los edificios a los flancos dejaban de ser de hormigón para hacerse de madera y lata, las banquetas frenaban el asalto de bocacalles de barro y por entre empalizadas se veía un centelleo de charcos y alguna que otra figura sentada. Más adelante hasta las casillas empezaron a ralear. Sólo como una podadora inútil entre fábricas y señales de salida, Delgado empezó a pensar que el coche avanzaba por la costra de un mundo sepultado. Cuando al dejar atrás el desvío a La Serena divisó la cadena de bultos atravesaba sobre el rasante, lo primero que se le ocurrió fue que eran animales vomitados desde los cimientos. Soltó una puteada, aflojó la presión sobre el acelerador y un poco más adelante rebajó a tercera. Medio adormecido, notó vagamente que a los costados aparecían casas, una especie de barrio jardín rodeado de baldíos, con poco jardín y mucha persiana desvencijada. Los bultos no se movían. Como ya había aceptado que a fuerza de insultos no iba a conseguir moverlos, Delgado se fue haciendo a la idea de bajar a empujarlos. Frenó.

Le hizo falta que el coche parara del todo para reconocer que eran personas. Estaban tirados boca abajo, cada uno agarrado a los pies del anterior, laxos y como petrificados bajo el cielo anémico, bloqueando todo el ancho de la calzada de Delgado. Los de las puntas eran hombres; las otras tres, una mujer casi redonda y dos que no lograban ocultar cierta gracia. Delgado se rascó la mejilla. Después de dudar un rato, concluyó que en ese desierto no podía haber asaltantes que supieran de simetría y apagó el motor. Sobre el último jadeo del coche cayó un silencio terco. Delgado esperó dos, tres minutos, sin que pasara nada. Abrió la puerta y se bajó.

No bien había avanzado unos metros los otros se levantaron como si el asfalto los hubiese mordido. Sacudiéndose las manos, las caras fijas en la misma mueca ansiosa, las cinco figuras se le acercaron con un aire de comitiva ultrajada, ventilando gabanes raídos, polleras sin cierre, pañuelos de estampado escabroso y guantes de figurín. La más joven de las mujeres, una chica de unos quince años, se adelantó a los demás con dos pasos largos.

—Yolanda —gritó el más viejo de los hombres. Tenía alrededor de sesenta años y una cara enjuta y atrabiliaria hinchada por el esfuerzo de la autoridad.

—Si no iba a hacer nada malo —dijo la chica.

El viejo se miró la franela maltratada del saco y embadurnó a Delgado con una sonrisa. Le bastó mover una mano para que los demás quedaran inmóviles.

—Menos mal que el caballero frenó.

—¿A usted le parece que podía hacer otra cosa?

—Nunca se sabe. Pero esta vez, le juro, tenía el palpito.

—¿Por qué? ¿Hay gente que no para?

—Mire, señor, pasan tan pocos —dijo de golpe la mujer redonda.

Delgado la observó de arriba a abajo. En realidad los tacos altos le daban una forma ovalada, pero en todo caso seguía contrastando con la delgadez torturada de los demás. Miró alrededor con impaciencia: a la derecha de la autopista había, al fondo del terraplén, una construcción casi cúbica de ladrillos desnudos en medio de un parque yerto. A la izquierda, algunas manzanas de casas bajas con rejas cubiertas de hiedra, una especie de galpón y un par de negocios con las persianas metálicas caídas como máscaras sin rasgos. También había un tercer negocio que parecía abierto, pero el cartel estaba sucio y no se dejaba leer. Delgado se fijó la hora.

—Le rogaría que no mire a mi mujer con esa expresión —dijo el viejo.

—¿Usted está borracho? —dijo Delgado, y el frío le cristalizó las palabras.

—Tampoco es bueno que mire la hora —dijo el viejo. Después, como si completara un movimiento inconcluso, se plantó ante Delgado tendiéndole la mano—: Casimiro Beltrán, para servirlo.

—No sé en qué me va a servir —dijo Delgado hundiendo las manos en los bolsillos.

—Qué guarango —dijo la más alta de las muchachas.

—Chitón, Ana Silvia —dijo Beltrán. Y después, a Delgado—: Me parece que eso que hizo fue una pifiada.

—¿Qué cosa?

—Usted sabe qué.

—¿Quiere que lo casque, don Casimiro? —dijo el otro hombre. Tenía puestos varios pulóveres que le bailaban como polleras de gitana; de los cuellos estirados emergía una cabeza no mucho más grande que dos puños unidos, cubierta de pelo negro. Delgado calculó que podía aplastarlo con tres dedos.

—Haceme el favor de no ser impertinente, Cardo —dijo Beltrán sin darse vuelta—. El Cardo es fiel como un perro, no le miento, pero últimamente se me está retobando. No le tenga miedo. Si no lo tocan no hace nada.

Delgado se puso un cigarrillo entre los labios. El viejo sacó una caja de fósforos y tuvo que tirar tres antes de lograr ofrecerle fuego. Aunque pareciera mentira, la llamita ganó una dimensión inquietante entre las distintas zonas grises, tal vez porque en pocos segundos, pensó Delgado, había absorbido los residuos de energía del paisaje.

—Bueno —dijo—. Ahora escúcheme. Yo soy médico y tengo un paciente que me espera en Matorrales. Así que si tiene a bien decirme qué quiere se lo voy a agradecer enormemente.

—¿Médico? Qué salvada —dijo Beltrán—. Al principio hubiera jurado que era un milico de civil. En fin, mejor así. Si le parece, podemos ir yendo para el negocio.

—No, no me parece —dijo Delgado—. Me están esperando.

—Nosotros también esperamos. Nos pasamos la vida esperando. Hágame caso.

Usted se viene un ratito, nos compra un par de zapatos y después se va tan campante a atender a ese fiambre en potencia.

—¿Zapatos? —dijo Delgado dejando escapar el humo por la nariz.

Beltrán lo miró como si lo viese metamorfosearse en una garza.

—Sí, zapatos. ¿O yo en qué idioma hablo? Acá enfrente tenemos una zapatería, doctor. La calidad, le soy sincero, no tiene parangón en la zona. Un poco caros para la época, es cierto, y por eso no nos va del todo bien. Bah, si quiere que le diga la verdad, nos va para la mierda. Lo único que nos salva es que de cuando en cuando alguien pise el palito como usted y nos compre unos parcositos. Qué le va a hacer: recursos. ¿Me explico?

—Perfectamente —dijo Delgado, midiendo de reojo la distancia al coche.

—Macanudo. Acompáñame.

Delgado tiró el cigarrillo. Los ojos fijos en la espalda desequilibrada del viejo, supuso que lo mejor era simular que lo seguía. Recorrió unos metros hasta que lo vio pisar el cantero de uñas de gato que dividía la autopista en dos. Entonces paró, dio media vuelta y se lanzó a correr hacia el coche con toda la rapidez de que es capaz un médico que siempre consideró a su cuerpo un intruso. Fue la misma desesperación lo que le impidió notar que las dos muchachas y el Cardo ya no estaban tan lejos: apenas había ganado unos metros cuando se le cruzó una pierna en el camino y fue a estrellarse la cara contra el asfalto.

Cuando se levantó sangraba por la nariz y una lastimadura en la frente. Intentó seguir hacia el coche pero la chica que se llamaba Yolanda se interpuso con una sonrisa tan triste y abyecta que lo dejó paralizado. Ana Silvia se acercó por detrás y lo golpeó en las corvas. Delgado cayó de rodillas. Sintió en la nuca un puñetazo leve, una especie de anuncio que lo obligó a apoyar las manos en el pavimento, preguntándose por qué en vez de frío o rugoso le parecía indiferente. Iba a incorporarse decidido a estrangular al primero que volviera a tocarlo cuando advirtió que el tipo ése que llamaban Cardo le hacía sombra sosteniendo un cascote del tamaño de un bebé. Tanto le dolía el cuerpo a Delgado que se dejó ayudar por Yolanda, sin sorprenderse cuando ella se alzó en puntas de pie para besarle la herida de la frente, o lamérsela, nunca lo supo.

—Sea bueno, pórtese bien y va a ver cómo en seguida lo suelta —dijo Ana Silvia. Era alta, estrecha de hombros y caderas; caminaba con una soltura vibrante, nerviosa, a punto de disiparse en la pizarra negligente de concreto—. Y al Cardo no le haga caso. Está medio loco de tanto comer caramelos.

—Tiene todos los dientes podridos —dijo Yolanda, colgándose del brazo de Delgado.

—Y ustedes se van a morir de anemia —dijo el Cardo.

—No te creas que los caramelos alimentan mucho —dijo Ana Silvia—. Además, a mí me gusta lo salado.

A Delgado las zapaterías lo habían deprimido desde tiempos que ya no recordaba. Las ventanas de aquella, tal vez porque el silencio aplacaba todo empeño de las casas vecinas, le repugnaron como la boca de una mujer con diamantes en vez de labios. Lo de adentro era un hueco bañado por una luz de azafrán; por las estrías de las maderas lustradas crecían la impaciencia y la edad, y hasta el mostrador, las sillas, las cajas apiladas criaban el reuma prolijo y vetusto de los objetos que nunca podrán aspirar al anticuario. Le pidieron que se sentara en un sillón tapizado de pana, a igual distancia

de la entrada y de una puerta que debía dar al resto de la casa y exhalaba un vaho de caldo de apio. Adelante, sobre una mesita, le pusieron un vaso y una botella de agua. Mientras se pasaba un pañuelo por los hematomas, Beltrán acercó una silla y se sentó frente a él. Estuvo un rato examinándole la tela del sobretodo.

—¿Le gustan los mocasines? —preguntó de repente.

—Depende.

Las mujeres se habían repartido entre otros sillones y el mostrador. El Cardo estaba de pie en el vano que daba a la trastienda.

—Etelvina —dijo Beltrán—. Alcánzame unos clásicos negros del cuarenta y dos.

—En seguidita —dijo la mujer.

—¿Cómo sabe cuánto calzo?

—Ojo clínico, doctor. Son cinco lustros que estoy en el ramo. Veinticinco años, para no ser críptico. Se dice críptico, ¿no?

—Creo que sí —dijo Delgado, y cruzó una mirada evasiva con la mujer, que había dejado dos cajas a los pies de su esposo.

Beltrán abrió una de las cajas y sacó un mocasín reluciente.

—Mire, doctor, mire qué calidad —lo acarició como si fuera una orquídea, con una ternura que le hizo nacer diminutas telarañas rojizas en el blanco de los ojos—. Legítimo sin cuento. Totalmente hecho a mano, ¿no le parece una indignidad que por esta zona malparida nadie los sepa apreciar?

—Si no tienen un mango, don Casimiro —dijo el Cardo.

—Tampoco tienen dos dedos de frente —dijo la mujer ovalada.

Delgado eludió las miradas de las dos muchachas. Estaban empezando a arderle.

—Se ve que son de primera —concedió—. Dígame cuánto es y me los envuelve, si le parece.

—Pero cómo, ¿no se los va a probar? —preguntó Beltrán, y se le ensombrecieron los ojos marrones.

Iba a seguir hablando pero la mandíbula se le descolgó como una pieza vencida. Hinchó el pecho flaco al mismo tiempo que enterraba la cabeza entre los hombros. Como ninguno de los demás se movía, Delgado se inclinó hacia adelante intentando ponerle la mano en la muñeca. El otro se la apartó.

—No se le ocurra tocarme —dijo con una voz de violín de juguete.

—Se le pasa en un santiamén —dijo Ana Silva.

Esperaron en silencio.

—Bueno, ya está —dijo Beltrán después de un tiempo que a Delgado le pareció insignificante.

—¿Le pasa muy seguido esto?

—Estábamos hablando de otra cosa, doctor. La debilidad, diría yo, es un obstáculo, no un problema. Le preguntaba si no se piensa probar los mocasines.

—Con esos pantalones le van a quedar pintados —dijo Yolanda.

—Ya le dije que me está esperando un paciente. Es un caso grave —Delgado sacó la billetera—. Envuélvamelos y haga el favor de cobrarse.

Beltrán lo miró con franca rabia.

—Vea, doctor, acá mando yo. Esto no será un cuartel pero muy lejos no le anda,